

SUPLEMENTO
martiano

Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado
No. 12 / Diciembre de 2012



**“Natalicio 160 del autor intelectual
del asalto al cuartel Moncada”**

Consejo Editorial /

Eugenio Suárez Pérez
Jorge Luis Aneiros Alonso
Belkys Duménigo García
Ileana Guzmán Cruz
Rolando Dávila Rodríguez
Aida Soto-Navarro González

Edición y corrección /

Belkys Duménigo García

Diseño y realización /

Aida Soto-Navarro González

© Sobre la presente edición:

Oficina de Publicaciones
del Consejo de Estado, 2012

Calle 8, no. 210, e/ Línea y 11, Vedado,
La Habana, Cuba.
Telf.: (537) 832 9149 / 855 5258 / 836 8846
Correo: diroh@enet.cu

EDITORIAL / 3

ARTÍCULOS

José Martí y sus circunstancias

por Roberto Fernández Retamar / 4

MARTINIANAS

Sentencias martianas / 14

CRONOLOGÍA MARTIANA

Los diciembres en Martí *por Ibrahím Hidalgo Paz / 15*

MONUMENTO DEL MES

Monumento a José Martí en Dos Ríos / 18

DOCUMENTO HISTÓRICO

Carta de José Martí a su hijo el 1º de abril de 1895 / 19

Editorial

Llegamos a la duodécima y última emisión del *Suplemento Martiano* del *Boletín Revolución* publicado por la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado. Comenzamos en enero de este año y mensualmente editamos un número, con el objetivo de llevar a nuestros lectores aspectos destacados de la vida y obra de José Martí.

Para celebrar el 160 aniversario del natalicio del Apóstol de la Revolución cubana, la Oficina planificó y ejecutó varias actividades. Este suplemento fue una de ellas. A la par el fondo documental original de Martí fue reorganizado y microfilmado, se avanzó en los procesos de restauración y digitalización de sus documentos, además, durante el período transcurrido dedicamos varias sesiones al estudio de su obra. Anteriormente se habían restaurado los 36 libros que tenía el más universal de los cubanos en su oficina en Nueva York, conservados en nuestro archivo.

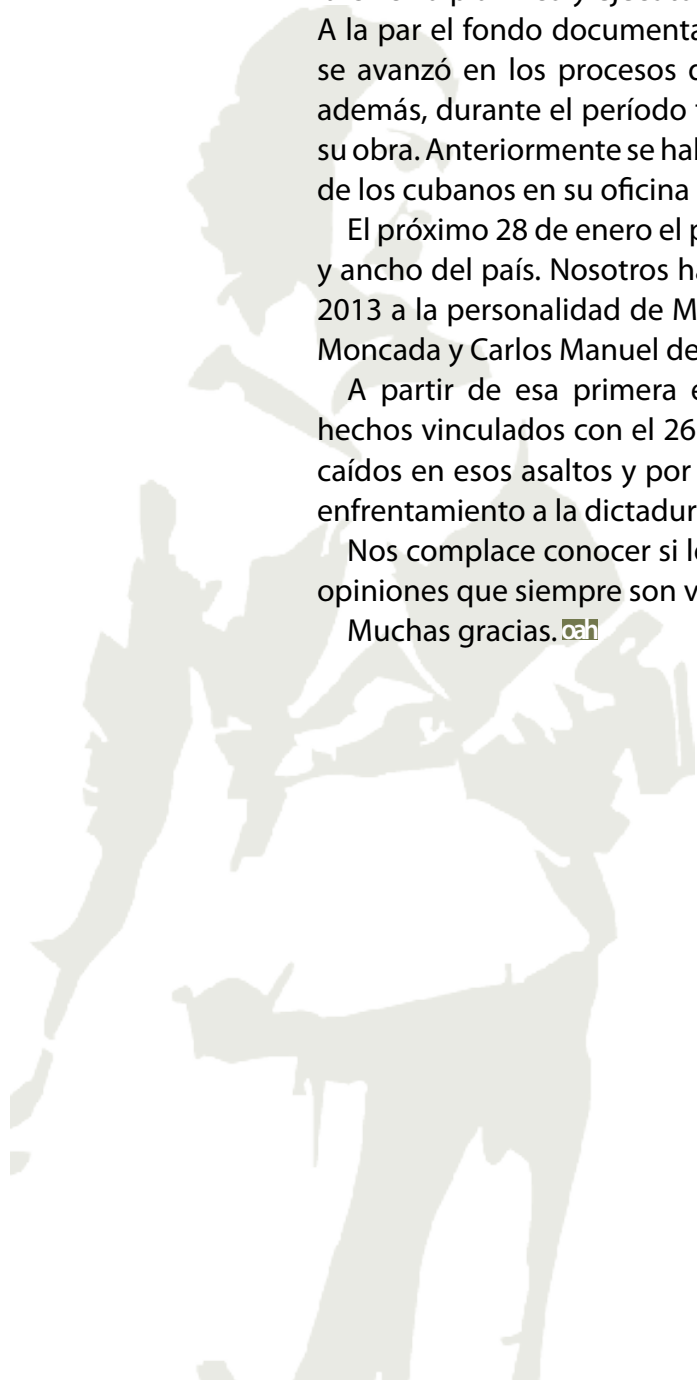
El próximo 28 de enero el pueblo de Cuba conmemorará la fecha a todo lo largo y ancho del país. Nosotros haremos referencia en el primer *Boletín Revolución* del 2013 a la personalidad de Martí, como autor intelectual del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes.

A partir de esa primera edición, estarán presentes en nuestras páginas, los hechos vinculados con el 26 de julio de 1953. Por un lado rindiendo tributo a los caídos en esos asaltos y por otro rindiendo homenaje a los caídos en 1958, en el enfrentamiento a la dictadura de Fulgencio Batista.

Nos complace conocer si le han sido útiles estos suplementos, y esperamos sus opiniones que siempre son valiosas para trabajo.

Muchas gracias. cah

Consejo Editorial



José Martí y sus circunstancias

por Roberto Fernández Retamar

Los datos biográficos esenciales de José Martí son hartos conocidos por todos nosotros como para repetirlos ahora, y mucho menos si deben constreñirse al breve espacio de una charla. Pero entendemos que lo que se espera de esta charla no es esa tarea que se disputarán la ninfa Eco y un salero de Cellini. De lo que se trata, en cambio, es de ver a Martí en diálogo con su época, la que le tocó vivir, la que contribuyó a hacerlo y él contribuyó a hacer. Aunque tampoco podemos anunciar novedades en este orden, un hecho es digno de señalarse desde el primer momento: que Martí nos dé la impresión de haber sido, y que nos perdone el Maestro emplear otro idioma que el suyo: *The right man at the right place at right moment*, lo que acaso pudiera traducirse más o menos: "El hombre apropiado en el momento apropiado". En su vida vertiginosa no parecía haber instante que pudiera desperdiciarse: sea dicho esto, por supuesto, sin la menor concesión a una suerte de fatalismo mágico. Ya sabemos que nadie escoge nada de su nacimiento: ni el hecho mismo de ocurrir ni progenitores ni lugar ni tiempo. Pero una vez que tales cosas (y otras) nos han sido dadas, no somos meros juguetes de ellas, aunque ellas nos impongan coyunturas insoslayables. De manera espléndida expresó este hecho Marx al decir: "Los hombres hacen su historia, pero no la hacen a su propio arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado". Eludiendo el escandaloso plagio hecho por Ortega y Gasset de estas líneas, intentemos ver a Martí y sus circunstancias inmediatas y mediatas.

Es bien sabido que Martí nació en el seno de una familia humilde en 1853 y en Cuba, una de las últimas colonias españolas en América, situada en las Antillas: o, como ahora se prefiere decir, en el Caribe. Estos datos, por sí solos, nos dicen cosas sobre Mar-

tí. Cinco años antes de su nacimiento, la Revolución de 1848 había conmovido a varios países europeos. En los más desarrollados de tales países, la burguesía y el proletariado iban a dar entonces, juntos por última vez, batallas comunes. De la traición de la burguesía a esa comunidad surgiría con mayor firmeza la validez del *Manifiesto del Partido Comunista* publicado en 1848 y redactado el año anterior por los jóvenes Carlos Marx y Federico Engels. (Ello conduciría en 1864 a la Primera Asociación Internacional de Trabajadores). En los menos desarrollados de aquellos países, la Revolución del 48 adquiriría visos de guerra de liberación nacional, y engendraría héroes en parte parecidos a los que en el primer cuarto de siglo habían peleado guerras relativamente similares en la América de Martí, y en parte similares al propio Martí. Por otra parte, dos años antes de nacer éste, era ajusticiado en La Habana el mercenario venezolano Narciso López, con lo que recibió un golpe el movimiento anexionista. Y en el propio año 1853 morían desterrados dos cubanos ilustres, el reformista Domingo del Monte y el primer gran pensador independentista de Cuba: Félix Varela.

La condición antillana o caribeña de Martí, como se ha dicho más de una vez, le es esencial. La fulgurante experiencia de Haití, cuya guerra de independencia inaugura la del resto de la América Latina, paralizó a los hacendados criollos de las Antillas, quienes, temerosos de ver repetirse con sus comarcas los sucesos haitianos, decidieron aceptar, antes que "la estrella que ilumina y mata", "el yugo" español durante muchas más décadas que sus pariguales del continente. Esto abriría posibilidades entonces insospechadas a clases populares, como aquella en que Martí naciera, y otras aún más oprimidas, que si bien tuvieron un papel destacado en las guerras independentistas suramericanas, fueron totalmente desplazadas del poder en los su-

cesivos y turbulentos gobiernos que siguieron a la separación de España en pueblos sin la osamenta estructural que les hubiera hecho posible un crecimiento semejante al de las trece colonias.

Primera formación de Martí

Volvamos por un momento al año del nacimiento de Martí. En el tomo seis de la voluminosa *Historia general de las civilizaciones* publicada bajo la dirección de Maurice Crouzet (Barcelona, 1960, p. 115) se lee lo siguiente: "Los años de 1853-1871 son singularmente agitados. Un soplo guerrero pasa por Occidente". Estos son los años de la primera formación de Martí. A continuación, el libro aduce algunos ejemplos de ese "soplo guerrero": la guerra de Crimea de 1853-56 (en la que, por cierto, participó como oficial Tolstoi, lo que le daría materia prima para su extraordinaria novela *La guerra y la paz*); las guerras de Italia de 1859, la guerra de los Ducados de Slewis y Holstein en 1864, las guerras austroprusianas y austroitalianas en 1866, que "transforman el mapa de la Europa central".

A esos enfrentamientos bélicos europeos se suman algunos de importancia en el hemisferio occidental. Así, entre 1855 y 1860, cuando fue ajusticiado en Honduras, el filibustero yanqui William Walker trató de repetir la aventura tejana en Centroamérica con la finalidad de anexarla al conjunto de estados esclavistas del país nacido de las trece colonias. (¡Qué resonancia adquiere en estos días ese torvo proyecto de lo que Martí llamó en 1891 "el águila de López y de Walker"!).

El propio país del águila no se encontraba aún, al concluir la sexta década del siglo XIX, suficientemente consolidado. Por una parte, se hallaban los estados del norte, industrializados, portadores de un capitalismo que requería crecer a toda costa. En los estados del sur, en cambio, una sociedad (...), con rezagos feudales, la hacía más afín a muchas de nuestras patrias que al norte de su propio país. El conflicto parecía inevitable, y, en efecto, estalló y dio lugar entre los años 1861 y 1865 a la Guerra de Secesión: una guerra históricamente positiva, porque hizo triunfar a un sistema más avanzado sobre otro más atrasado; y, a la

vez, la única guerra grande que ha tenido lugar en el territorio de lo que hoy son los Estados Unidos, los cuales, como se sabe, han salido no solo incólumes sino fuertemente enriquecidos de las dos llamadas Guerras Mundiales de este siglo (siglo XX, n. de la R.). No es extraño que en los Estados Unidos, al hablarse, refiriéndose al pasado, de "la guerra", se está pensando en aquella, de la que nos separan más de ciento veinte años, pero en la cual perdieron la vida un millón 320 mil habitantes. Ni es extraño escuchar hoy a gente del sur de los Estados Unidos hablar con inapagado rencor de aquella contienda bélica como de una imposición del norte. Así fue, sin duda, aunque debemos repetir que el balance histórico resultó positivo, y no porque se hubiera propuesto y logrado la emancipación de los esclavos, como durante tanto tiempo se dijo que aún hay candorosos o maliciosos que lo mantienen, sino porque permitió la plena expansión del capitalismo, con la nueva esclavitud del proletariado, particularmente cruel con el negro; un capitalismo cuyas virtudes pronto iban a revelarse junto con sus defectos, y a pesar ominosamente sobre nuestra América. Sin embargo, es más que comprensible que el niño Martí viera con simpatía a aquel a quien años después llamó "el leñador de ojos piadosos": el astuto y larguirucho Abraham Lincoln, a quien también vieron con simpatía hombres tan inequívocamente revolucionarios como Marx y Engels.

La Guerra de Secesión terminó de consolidar en el continente un voraz proceso de crecimiento que había llevado a las ex colonias del litoral Atlántico hasta el Pacífico, y de las fronteras con Canadá hasta el golfo de México, en un proceso que incluyó una de las guerras más inicuas libradas en este hemisferio: la que entre 1846 y 1848 arrebató a México más de la mitad de su territorio.

Por otra parte, el propio México iba a conocer contemporáneamente la agresión de tres países europeos, España, Inglaterra y Francia, agresión que al cabo quedó limitada a esta última, entonces bajo la égida del "pequeño Napoleón", hecho poder en la resaca reaccionaria que siguió al fracaso de la revolución del 48, en circunstancias que Marx estudió magistralmente en su opúsculo *El 18 Brumario de*

Luis Bonaparte. La agresión a México tenía como finalidad imponer al emperador Maximiliano de Austria, el cual giraba en la órbita del Segundo Imperio francés. Entre 1862 y 1867, esta pretensión costó a México una cruenta guerra en la que, de un lado, junto a los invasores, se alinearon las fuerzas más reaccionarias del país, mientras en defensa de este se juntaba el pueblo encabezado por los elementos de una naciente burguesía nacional en ascenso revolucionario que contó con la jefatura insigne de Benito Juárez con justicia llamado Benemérito de las Américas. El triunfo de las fuerzas revolucionarias, la ejecución de Maximiliano y al afirmación de aquella clase constituyen capítulos decisivos en la historia de nuestra América y ejercerían inmensa influencia (como en orden bien distinto los hechos estadounidenses) en la vida y el pensamiento de José Martí.

En Europa, entre 1870 y 1871 acaban de formarse las naciones italianas y alemana: al logro de la primera contribuirá una de las figuras más amadas por Martí: Garibaldi. En 1871, sobre la derrota francesa ante la potencia germánica liderada por el canciller de hierro Bismarck, surge en París la relampagueante Comuna, el primer gobierno proletario del mundo, lamentablemente vencido en unos cuantos meses.

Mientras tanto, un notable acontecimiento tenía lugar en tierra cubana. El grupo más radical y consecuente de los hacendados cubanos de la parte oriental de la Isla lleva a cabo la hazaña fundadora de la nación: liderado por el abogado Carlos Manuel de Céspedes, hace estallar la guerra independentista contra España en La Demajagua, el 10 de octubre de 1868. En la misma ocasión, Céspedes da la libertad a sus esclavos. Ha cortado así los dos grandes lazos que impedían el pleno desarrollado del país: la sumisión política a España y la esclavitud. Creo que todos estaremos de acuerdo en que este hecho fue la experiencia forjadora esencial de José Martí. Aunque con solo quince años al estallar la contienda, Martí es, y no debe olvidarse nunca, un hombre del 68, aunque no solo eso. Aquel adolescente precoz escribiría en favor de esa causa, y por ella sufriría presidio político y destierro. Su divisa, estampada en un texto perio-

dístico juvenil: "O Yara o Madrid", no lo abandonaría ya nunca. "Yara" (donde tuvo lugar la primera acción bélica de los insurrectos) era para él la herencia nacionalista que ya había engendrado movimientos rebeldes rápidamente aplastados, y también figuras extraordinarias, como el Padre Varela, el poeta Heredia, el filósofo José de la Luz y Caballero, y su propio maestro, el poeta Rafael María de Mendive, a través del cual recibió mucho de esta herencia. En esa estela se habían formado hombres del calibre de Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte, que encontrarían en Martí un seguidor y un panegirista excepcional.

Experiencia española

Desterrado por patriota, Martí parte hacia España a principios de 1871. Demos por conocidos los estudios que allí realizó y las polémicas en favor de Cuba en que tomó parte, para insistir en lo que consideramos las cuestiones fundamentales de su primera larga estadía española, que se extenderá hasta finales de 1874. Por una parte, Martí conoce desde su interior el carácter carcomido y arcaico del régimen imperante en España, y en consecuencia de la metrópoli de su patria. En segundo lugar, su insaciable condición de asimilador lo lleva a incorporarse cuanto de vivo le ofrece lo mejor de la gran herencia cultural española, de su literatura a su arte, de sus moralistas a sus místicos. No menos importancia que lo anterior (y en ciertos puntos, más) tendrá el hecho de que en España Martí va a asistir al azaroso alumbramiento de la primera República española, cuando en 1873 Amadeo de Saboya, a quien Engels llamó el primer rey huelguista de la historia, abandona la corona española y precipita el advenimiento de una República a la que le faltaban maduración, lucha, pueblo. Si en 1871, recién llegado a la Península, Martí había denunciado en un desgarrador panfleto los males de *El presidio político en Cuba*, apenas ha alboreado la República cuando ya le enrostra otro texto capital; *La República Española ante la Revolución Cubana*. En él Martí insta al nuevo régimen a ser consecuente con sus presuntos ideales, y a otorgar a Cuba los beneficios que pretende para sí. Tal cosa no

ocurrirá, y Martí podrá conocer las manquedades de un liberalismo que ve en sus estrecheces y ruindades. El liberalismo, sin embargo, era por obligación la ideología de los revolucionarios cubanos de entonces: lo que plantea al joven Martí un dilema cuya solución tardará años en resolver, aunque ya desde ahora se encuentra situado en lo que podría llamarse la extrema izquierda de esta postura. Esta realidad se radicalizará aún más cuando, derrocada la destaralada República por un golpe de Estado, Martí ve al pueblo de Zaragoza, donde habitaba a la sazón, defender en las barricadas un régimen que, aunque insuficiente, le ofrecía algunas esperanzas. Como en otras ocasiones, en uno de los poemas de sus *Versos sencillos* evocará esta experiencia (nos referimos, claro, a aquel que comienza: *Para Aragón en España...*).

En la América nuestra

Trasladado a México, donde llega en febrero de 1875 y donde permanecerá hasta finales de 1876, Martí entra, deslumbrado, en su América. En aquel país vivirá los últimos alientos de la etapa jurista, es decir, las consecuencias de la Reforma con que se había manifestado, de la manera más radical posible para su circunstancia, la burguesía revolucionaria en ascenso del país hermano. Es otro el liberalismo que Martí ve allí. Y es muy otra la historia que asume de inmediato como suya. Este país ha perdido más de la mitad de su territorio a manos de los Estados Unidos; este país ha sufrido el intento de recolonización por Europa y ha vencido, decapitando a un monarca de aquel continente; este país ha mancornado la Iglesia católica, privándola de sus privilegios; este país, con un rico pasado aborigen, ha tenido a su frente a un indio puro, y muchos otros, o mestizos de español e indio, ocupan sitio prominente en la República; en este país ve surgir con simpatía las luchas obreras. Este país, que no es Europa ni los Estados Unidos, será para él el pórtico de lo que pronto habrá de llamar Nuestra América. Tienen razón los mexicanos cuando consideran a Martí uno de los suyos. En lo adelante, sin dejar de servir apasionada y minuciosamente a la patria chica que lo vio nacer, la patria verdadera de Martí,

en camino hacia la Humanidad toda, será la que se extiende del río Bravo a la Patagonia, e incluye las que llamará "islas dolorosas del mar".

La causa por la que lucha se ha vuelto tan inmensa como las montañas, selvas y pampas del continente que lo llena de orgullo, alegría, preocupación y esperanza. Poeta, periodista, traductor, crítico, dramaturgo, animador cultural, luchador siempre, en México aparece ya el hombre de cuerpo entero que sus quince años anunciaban con tanta certidumbre. Pero en México también se topará Martí con uno de los males más arraigados de la política latinoamericana después de la separación de la metrópoli: el caudillismo, el cual, en este caso, verá encarnado en Porfirio Díaz. El triunfo militar de este último, a fines de 1876, sobre el gobierno legalmente constituido, abrirá además el camino a un sector de la burguesía mexicana plegado a los intereses norteamericanos y amparado en una versión del positivismo considerado por los llamados "científicos" como bandera del progreso: Martí rechaza esta versión con la misma energía con que rechaza el golpe de Estado de Díaz, abandonando el país.

Su próxima estancia latinoamericana, que ocurre en Guatemala, se beneficia de lo mejor de la mexicana, y en varios aspectos no difiere mucho de ella. También en la Guatemala de 1877 una burguesía nacional defiende sus propios intereses, y gobierna en un sentido de porvenir. Incluso su presidente, Justo Rufino Barrios, se ha atrevido, poco tiempo antes de la llegada del autor de *Abdala*, a reconocer la República cubana en armas, lo que tiene que haber influido muy favorablemente en la opinión que le mereciera a Martí. Tres aspectos al menos es inevitable señalar en la experiencia guatemalteca de Martí. Por una parte, abre hacia el horizonte continental mucho de lo aprendido en México. Basta recordar, y ya lo ha sido hecho otras veces, que es en Guatemala donde empieza a hacerse frecuente en Martí el uso de expresiones como "nuestra América" o "Madre América", que no solo no iban a desaparecer de su mundo de ideas sino que incluso adquirirían nuevas resonancias. En segundo lugar, durante el inicio de su estancia, y sin duda influido a la vez

por lo que vio tanto en México como en Guatemala, Martí nos ofrece en su cuaderno *Guatemala*, que vio la luz en 1878, lo que podría llamarse una visión arquetípica de la república liberal latinoamericana.

Ello nos da idea de lo que pensaba entonces Martí sobre un extremo de tal importancia: pero no es en forma alguna su última palabra sobre tal extremo. Habrá que esperar a nuevas vivencias: como la Protesta de Baraguá y lo que ella revela, la reincorporación cada vez más directa de Martí a la brega política, y su larga, aleccionadora y dolorosa experiencia norteamericana, para ver a Martí sobrepasar aquella visión, si bien nunca llegará a ofrecernos otro modelo, trasliberal, presentado en una síntesis equivalente. La tercera experiencia de Martí en Guatemala tiene que ver con algo a lo que tampoco es ajena la experiencia mexicana, pero esta vez en su costado negativo: el de Porfirio Díaz. A Martí se le hacen inaceptables los modos bruscos, por decir lo menos del presidente Justo Rufino Barrios, y decide abandonar el país en 1878. Los estudiosos de Guatemala con criterio progresista suelen juzgar la política de Barrios de manera positiva (...). No parecen ser los propósitos de ese gobierno lo que Martí impugna, sino, como hemos dicho, el estilo excesivamente riguroso del gobernante.

En Venezuela, donde vive la primera mitad del año 1881, tendrá nueva ocasión para conocer el perfil despótico de este tipo de gobernante, esta vez encarnado en Antonio Guzmán Blanco. Sin embargo, Venezuela es la patria del Libertador Simón Bolívar, casi seguramente el hombre que más admiró Martí; Venezuela ha sido una de las principales cunas de la independencia de su América, y esto habrá de permearlo profundamente.

Por otra parte, si en Guatemala Martí hace un primer balance histórico de su América, ahora en Venezuela, cada vez más nutrido de conocimientos y vivencias (había conocido, además de las tierras y cultura mencionadas, otras como las de los Estados Unidos y Francia) es capaz de hacer un balance cultural, además de alcanzar su primera gran maduración literaria. Allí en la Revista Venezolana que dirige, y de la que solo llega a publicar dos números,

aparecen las páginas iniciales de lo que ha de ser la nueva literatura de nuestra América: esta literatura que en años recientes ha encontrado reconocimiento internacional y cuyas raíces se remontan a José Martí.

Las breves estancias de Martí en Cuba, entre 1878 y 1879, y poco más tarde, durante este último año, en España, a donde es nuevamente desterrado, tienen importancia sobre todo porque revelan en Martí el renacimiento de su fundamental carácter de conspirador y combatiente. De tal modo, que cuando llegue a los Estados Unidos (donde ya había estado unos cuantos días en 1875 de paso para México), pronto lo vemos vinculado al Comité Revolucionario de Nueva York que había desencadenado la llamada Guerra Chiquita. Incluso llegará a ser presidente interino de este Comité, cuando Calixto García parta a la manigua. En Cuba, donde, como Martí dijo muchas veces, se encontraba siempre, donde quiera que estuviese, habían ocurrido acontecimientos de enorme trascendencia que seguramente pesaron profundamente en la evolución ideológica de Martí. Baste recordar que en el transcurso de la década de 1868 a 1878, durante la cual el pueblo cubano combatió contra España por primera vez de modo masivo, se produjo un desplazamiento capital en la jefatura cubana de la guerra. Si esta conoció desde el principio la hostilidad de los hacendados del oeste de la Isla, cuya riqueza medraba a la sombra del poder español y de la esclavitud, sin embargo había sido iniciada por hacendados o representantes de ellos, de la parte oriental de la Isla, que encarnaban lo más revolucionario de sus circunstancias. Pero esas circunstancias fueron variando y trayendo a planos visibles a figuras de extracción social más popular. El símbolo de este hecho vino a serlo el extraordinario general Antonio Maceo, campesino medio y mulato que asume la voz de la nación al protestar en los Mangos de Baraguá contra la Paz del Zanjón. Para entonces, los hacendados, sea cual fuere su signo, habían perdido la capacidad de estar en la vanguardia de su pueblo. Nuevas clases venían a ocupar tal lugar. Esas clases encontrarían sus voceros en hombres como el general Maceo y José Martí. En el

caso de este último, tal hecho se pone de manifiesto cuando al pronunciar su memorable *Lectura en el Steck Hall*, en enero de 1880, diga cosas como esta: "Ignoran los déspotas que el pueblo, la masa desposeída, es el verdadero jefe de las revoluciones".

Vivencias norteamericanas

Como todos sabemos, aunque todavía quedan muchas cosas por estudiar sobre este punto, los años vividos por Martí en los Estados Unidos entre 1880 y 1895 (con la breve estancia venezolana de 1881 y las que a partir de la preparación de la nueva etapa de la guerra provocaron los viajes que se vio obligado a hacer por la región caribeña); esos años norteamericanos de Martí fueron sencillamente decisivos para llevarlo al grado de madurez que llegó a alcanzar. Es cierto que Martí no fue nunca un liberal clásico, y que, en todo caso, ocupó el ala más radical de esta postura, como se lee en su opúsculo *La República Española ante la Revolución cubana*, según ya hemos recordado. Quizás cuando más cerca se halló de identificarse con el liberalismo fue durante su estancia mexicana (y aún así, se trataba de lo que Reyes Heróles ha llamado, a propósito de otro autor "liberalismo social"), o al escribir su folleto sobre Guatemala. Pero ya en los pocos años que median entre la Paz del Zanjón y su *Lectura en el Steck Hall*, es patente que Martí está creciendo hacia nuevas formas de abordar la política.

Esas formas se pondrían a prueba dramáticamente durante sus cerca de tres lustros vividos en los Estados Unidos. Que Martí tenía reparos a propósito de este país, lo sabemos desde sus apuntes escritos durante su primera deportación en España, y especialmente gracias al descubrimiento, hecho por el equipo que trabaja en la edición crítica de sus *Obras Completas* (...) de dos artículos en que alerta sobre el peligro que volvía a representar para México la voracidad yanqui. Pero no es menos cierto que Martí vio a su llegada a los Estados Unidos aspectos positivos allí. No podía ser de otra manera: se encontraba en el que era entonces el país más progresista del planeta. Por ello no le escatimó elogios a esos aspectos,

sobrevivientes de un pasado democrático, y admiró a no pocos de sus grandes hombres y mujeres. Pero el conocimiento cada vez más íntimo de la nación le fue mostrando lo que en 1894 llamó "la verdad sobre los Estados Unidos": los males del sistema que imperaba en aquella tierra, y que él había atribuido a Europa y esperaba no ver repetirse en ese supuesto país de la libertad. Es significativo, sin embargo, que en 1884, al referirse a los Estados Unidos, los llame ya "la América europea".

Hoy sabemos que Martí fue viendo surgir, en la década del 80, los rasgos de lo que después se conocería como imperialismo. El propio término imperialista aparece en él tan temprano como en 1883. Por supuesto, el vocablo no tenía todavía la connotación precisa que iba a adquirir en el siglo XX, porque esa realidad no existía aún en plenitud. Ni siquiera esa connotación precisa es la que tiene cuando aparezca por última vez en él el término en su carta inconclusa a Mercado de 18 de mayo de 1895. De lo que no cabe duda es que de que Martí no *a posteriori*, sino a medida que iban surgiendo, fue detectando, con pupila pasmosamente zahorí, esos rasgos que después reuniría en un haz Lenin en su obra clásica aparecida veintidós años después de muerto Martí. Autores como José Cantón Navarro y Ángel Augier han estudiado con suficiente claridad esta mirada preleninista de Martí.

Esa década del 80, en que iba consolidándose el imperialismo norteamericano, fue de inmensa importancia para el mundo todo. Precisamente como parte de esa entrada del capitalismo en su última etapa, el imperialismo se hizo necesario a las potencias desarrolladas abalanzarse cada vez más sobre el resto del mundo. Si la llegada de los europeos a América, así como el bárbaro traslado de africanos en calidad de esclavos, entre otras cosas, habían formado parte esencial de aquellas idílicas condiciones, de que hablara con sarcasmo Marx, necesarias para que se desarrollara en la Europa occidental el capitalismo, que surgió chorreando sangre y lodo por todas partes, ahora el advenimiento del imperialismo implicaba una nueva entrada de la civilización (occidental), en plan predatorio, sobre países

materialmente más débiles. Considerados por sus invasores la barbarie. Así, Francia (que ya antes había puesto su garra sobre Argelia, participando con Inglaterra en las guerras contra China y organizado una expedición a Siria, además de la mencionada a México), se apoderó en 1881 de Túnez. En 1882, la lucha francoinglesa por Egipto concluyó con la victoria de Inglaterra, dueña a la sazón de numerosos territorios como Irlanda y la India. En 1884 Alemania conquistó Togo, Camerún, Sudeste Africano y Tanganica. En 1885 Francia se apoderó de Anam y Tonkín, e Inglaterra de Birmania: todo ello sin mencionar los territorios que de antiguo poseían muchos de estos países en el Caribe y otras regiones.

Las conquistas proseguirían hasta llevar al intento de los dinosaurios históricos de repartirse de nuevo el mundo repartido, lo que inevitablemente hubo de conducir a la Primera Guerra Mundial, y a la grieta por la que se hundirá el capitalismo.

Pero hagamos un alto aquí para evocar una de las reuniones más repugnantes de las llamadas grandes potencias. Me refiero, a la conferencia celebrada en Berlín entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de noviembre de 1885. La civilizadora finalidad de esa conferencia, en la que participaron quince países capitalistas, era repartirse África, como los buitres se reparten un inmenso animal herido. Ante acontecimientos de esta naturaleza, no puede uno menos que recordar el notable libro del guyanés Walter Rodney *Cómo Europa subdesarrolló a África*.

Frente al colonialismo y el racismo

Es evidente que Martí fue particularmente sensible a la cuestión del colonialismo. Él mismo era hijo de una colonia, obligado a vivir en el destierro por oponerse a esa condición. Por eso adquirieron una intensidad tal las líneas suyas que dedicó a defender a Túnez, Egipto, Irlanda, la India, Viet Nam y muchas tierras expoliadas más, además, por supuesto, de las que les eran más cercanas. ¿Podría no tener presente Martí las guerras de rapiña de las metrópolis, y hechos como la conferencia de Berlín, cuando los Estados Unidos convocan a las naciones latinoame-

ricanas a la primera conferencia panamericana en Washington: esa conferencia de Berlín del hemisferio occidental, con un solo buitre...que se decía águila? Realizada entre 1889 y 1890, su meta ostensible era uncir aquellas naciones (las nuestras) al carro norteamericano. Las crónicas que Martí escribió en esa ocasión, así como su discurso *Madre América* y sus cartas sobre el tema a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, denuncian y rechazan con claridad y energía el proyecto norteamericano. A dichos textos hay que agregar otros, especialmente el ensayo capital *Nuestra América* y el que dedicó a la conferencia monetaria celebrada también en Washington, esta vez en 1891, como una secuela de la anterior y en la cual Martí participó como delegado del Uruguay, cuyo consulado en Nueva York ostentaba. Bien conocidos son estos materiales para que sea menester insistir sobre ellos. Recordemos tan solo que quien era ya proclamado como el mayor escritor de nuestra América, va a ser ahora su más profundo veedor político: y nos atrevemos a decir que la cabeza más lúcida con que contaba entonces lo que más tarde se llamaría, con mayor o menor fortuna, el Tercer Mundo. La finalidad ostensible de este Tercer Mundo o submundo era obtener o, en muchos casos, reobtener en plena independencia. En países en los que se disponía ya de tal independencia, las luchas libertadoras, por obligación, eran otras. Así, el año en que Martí inicia su combate contra la primera conferencia panamericana en Washington, 1889, la vanguardia de la clase obrera, numerosa ya en los países capitalistas desarrollados, crea en París la Segunda Internacional. Esta sincronía, que entonces pudo ser azarosa, revelaría su condición nada azarosa en años subsiguientes.

La lucha obrera no fue, ni pudo ser, el centro de la vida de Martí, que debía proponerse como meta inmediata obtener la liberación de su tierra. Pero se equivoca quien deja en la sombra que aquella lucha no le fue ajena a Martí. Supo de ella tempranamente, en México, y tomó partido en su favor, colaborando incluso en el periódico *El Socialista* y siendo electo delegado para el primer congreso obrero de aquel país. Sería sin embargo en los Estados Unidos donde "el colosal problema" iba a presentársele de

una forma que no existía aún en sus atrasadas tierras latinoamericanas y caribeñas. Al morir Marx, en 1883, Martí, sin expresar identificación con su doctrina, le dedica cálidos elogios porque "se puso del lado de los débiles".

Por otra parte, la década del ochenta del siglo pasado (siglo XIX, n. de la R.) está particularmente sacudida por grandes huelgas de los obreros norteamericanos. Terminada la conquista del territorio continental y concluida la guerra civil con la victoria del norte industrial, la lucha de clases, a la manera de los países capitalistas europeos, se hace presente en los Estados Unidos, como ha explicado Engels. Esas luchas adquieren particular incandescencia con los sucesos de mayo de 1886 en Chicago, los cuales encontrarán en Martí un comentarista en vías de creciente radicalización. Si al principio da crédito a las falaces versiones oficiales, su última crónica, de noviembre de 1887, a raíz del asesinato "legal" de los obreros a quienes se imputan aquellos sucesos, lo muestra enteramente a favor de esos obreros, y consciente de la falsedad del capitalismo norteamericano, sentado allí como el sistema capitalista todo, en el banquillo de los verdaderos culpables. Ello es lo que da un dramatismo particular a la expresión que restalla en esa crónica suya sobre el crimen:

"¡América es pues lo mismo que Europa!" O dicho con los términos que emplearíamos ahora nosotros: uno es en todas partes, y desastroso, el régimen capitalista. Recordemos que dos años más tarde, en 1889, la Segunda Internacional, en homenaje a los mártires de Chicago, escogerá el primero de mayo como Día Internacional de los Trabajadores. Martí, comentarista mayor de los acontecimientos desencadenados aquel día, no es un socialista científico. Pero mucho menos es un liberal. Se ha propuesto para designar su pensamiento de madurez –claramente expreso en líneas como las aludidas– la denominación de "demócrata revolucionario": denominación que es aceptable si no la consideramos como una nueva etiqueta paralizante, sino como una forma de acercarnos a la teoría y la práctica de un hombre en vías de ininterrumpido desarrollo

hacia formas cada vez más radicales, que no solo lucha por la independencia de su patria, sino que conoce los males del capitalismo, la amenaza que, en su etapa de mayor madurez (el imperialismo), este representa para Cuba y para nuestra América toda, y la justicia de la causa obrera.

En los Estados Unidos, entre tantas otras cosas, Martí termina también de comprender las razones últimas de la discriminación racial, lo que lo lleva a ser uno de los antirracistas más irreductibles del siglo XIX: quizás sea útil recordar que el año de su nacimiento, 1853, Gobineau, uno de los egregios padres del racismo moderno, comenzó a publicar su libro fundamental sobre el tema; y también que en el siglo XIX y aún en el XX, el racismo inficionó a demasiados pensadores progresistas. Si ya a sus nueve años, en Cuba, la contemplación del espanto de la esclavitud del negro le hizo jurar a Martí "lavar con su vida el crimen" (véase el poema de los *Versos sencillos* que comienza: "El rayo surca, sangriento..."), y si en México y Guatemala había visto con indignación el abestiamiento del aborígen americano, lo que entonces era el resultado de una nobilísima reacción moral, iba a mostrarle en los Estados Unidos sus raíces políticas y económicas. La extinción de la esclavitud del negro en los Estados Unidos, tras la Guerra de Secesión, iría acompañada de un denigrante racismo en relación con el esclavo asalariado de tez oscura; mientras el aborígen –que en México dio hombres como Juárez y Altamirano– era en los Estados Unidos víctima de lo que, en libro que lo marcó, Helen Hunt Jackson llamó un siglo de infamia: víctima de crímenes, engaños, robos, alcoholización, hasta ser arrinconado, como animal de un atroz zoológico, en las sórdidas "reservaciones". No está de más recordar que aquellas realidades que Martí contempló, horrorizado, hace un siglo, siguen vigentes hoy en día.

Resumen y vigencia

El Martí que vivió para adherir a "la causa de Yara", defenderla y sufrir por ella presidio y exilio; que conoció por dentro la decadente España monárquica y la insuficiente primera República española con su

liberalismo de pacotilla; que en el México de alienato juarista –y, en cierta forma, en la Guatemala de Barrios– entró en conocimiento de "nuestra América mestiza"; que supo del caudillismo y el atraso latinoamericanos; que conoció y repudió la rapiña colonialista que conduciría a la Primera Guerra Mundial; que vio surgir en los Estados Unidos el imperialismo y, en consecuencia, la inminente agresión de una nueva metrópoli sobre nuestras tierras; que, en aquel país entendió la justicia de las luchas obreras y la falacia de la discriminación racial: ese sorprendente *right man at the right place at the right moment*, comenzó a organizar en 1891, e hizo realidad al siguiente, con la experiencia que le daban los hechos mostrados y su participación en distintos proyectos políticos, el Partido Revolucionario Cubano, con la finalidad de independizar a Cuba de España, auxiliar a Puerto Rico en faena similar, frenar el entonces naciente imperialismo yanqui, y establecer en Cuba una República democrática "con todos y para el bien de todos". No en balde el Partido, aunque obligadamente multclasista, tenía como columna vertebral a "los pobres de la tierra" con los que Martí había decidido "su suerte echar".

Insistimos sobre un punto anterior: sin lo que aprendió en los Estados Unidos –en su vida política, con sus feroces partidos mayores que no eran (ni son) otra cosa que las dos alas del partido único de la plutocracia yanqui; en su lucha social, con la brega obrera y de las masas discriminadas–. ¿Se hubiera dado el Martí capaz de identificarse plenamente "con los pobres de la tierra", idear, fundar y conducir el Partido Revolucionario Cubano de tan variados objetivos, rechazar con su violencia lúcida el racismo, como se ve en su texto "Mi raza" (1893 ?) Aquellas circunstancias norteamericanas que bebió hasta el fondo del cáliz, lo capacitaron, según lo que Marx gustaba de llamar la ironía de la historia, para ser el primer antimperialista cabal de nuestra América –y dejar lecciones válidas para otras partes del mundo–, y tomar medidas prácticas a fin de que sus ideales se hicieran realidad.

El resto es igualmente bien sabido. Desencadenada el 24 de febrero de 1895 la etapa de la guerra

que debía independizar a Cuba de España e impedir, con ese hecho, "que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América" –según sus palabras insustituibles–, Martí muere en el primer combate militar en que participa, el 19 de mayo de 1895. No se suele tener en cuenta que también ese año fallecieron dos hombres bien diferentes entre sí que nada supieron de Martí, pero que tuvieron que ver con las luchas de este: uno fue el oscuro John Louis O'Sullivan, periodista y diplomático que cincuenta años antes había forjado, con vistas al futuro norteamericano, el sintagma "destino manifiesto", que tanto habría de pesar en ese futuro, y renacer con obras como *La influencia del poder del mar en la historia* (1890), de Alfred Thayer Mahan, verdadero tratado geopolítico para el imperialismo de los Estados Unidos; el otro hombre enteramente distinto, fue el luminoso Federico Engels, quien con Marx había sentado genialmente las bases del materialismo dialéctico e histórico, y abierto así la humanidad para el mayor vuelco que ella iba a conocer. Por su parte el gran continuador y enriquecedor de aquellos fundadores, Vladimir Ilich Lenin, al desaparecer Martí frisaba los veinticinco años, e iniciaba su magna carrera política.

No ha faltado el distraído a quien parezca extraño que se acerquen los nombres de Martí, Marx y Engels, y Lenin. Sin embargo, la historia no da la razón a ese distraído. Una buena biografía de Engels, debida a E. A. Stepanova, recuerda: "Federico Engels murió al iniciarse una nueva época, la del imperialismo y las revoluciones proletarias" (E. A. Stepanova: *Federico Engels*, trad. De L. Vladov y P. M. Merino, Montevideo, 1957, p. 309). Ni Marx ni Engels llegaron a estudiar esa nueva época (vivida y percibida por Martí, dadas las circunstancias en que él se movió), lo que sí haría, de modo magistral Lenin, y al frente de su imprescindible libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, aparece mencionada la guerra que en 1898 los Estados Unidos libraron contra España para arrebatárles Cuba, virtualmente dueña ya de su destino por el abnegado combate de su pueblo, como pórtico

visible del imperialismo. Esto lo había vislumbrado José Martí, muerto tres años antes con plena conciencia de los inmensos riesgos que pesaban sobre su país, su América, su mundo.

No hay que forzar la mano para señalar similitudes entre Martí y Lenin. En su *Informe al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba*, en 1975, el hombre que como nadie ha fundido las herencias de Martí y Lenin, Fidel Castro, expresó: Bajo la guía de Martí, cuyo genio político rebasó las fronteras de su tierra y de su época, se organizó un Partido para dirigir la Revolución. Esta idea, que paralelamente desarrolló también Lenin para llevar a cabo la revolución socialista en el viejo imperio de los zares, es uno de los más admirables aportes de Martí al pensamiento político.

Y más adelante, después de mencionar la conciencia martiana de "la nueva tendencia imperial surgida del desarrollo capitalista de los Estados Unidos, que él supo ver con claridad impresionante", añade Fidel:

En este pensamiento y en la interpretación y calificación de Lenin de la guerra hispanoamericana como la primera guerra imperialista, se dan la mano dos hombres de dos escenarios históricos diferentes y dos pensamientos convergentes: José Martí y Vladimir Ilich Lenin. El uno símbolo de la liberación nacional contra la colonia y el imperialismo, el otro forjador de la primera revolución socialista en el eslabón más débil de la cadena imperialista: liberación nacional y socialismo, dos causas estrechamente hermanadas en el mundo moderno. Ambos con un partido sólido y disciplinado para llevar adelante los propósitos revolucionarios, fundados casi simultáneamente entre fines del pasado siglo y comienzos del actual.

Cuatro años después de publicado su libro sobre *El Imperialismo...*, triunfante ya la Gran Revolución de Octubre, Lenin diría en 1921, en el tercer congreso de la Internacional Comunista, al subrayar "el significado del movimiento de las colonias": en las futuras batallas decisivas de la revolución mun-

dial, el movimiento de la mayoría de la población del globo terráqueo, encaminado en sus comienzos hacia la liberación nacional, se volverá contra el capitalismo y el imperialismo, y desempeñará probablemente un papel revolucionario mucho más importante de lo que esperamos.

Estamos convencidos de que ese papel es el que le había encomendado Martí a la Guerra de 1895, la cual tiene así un carácter precursor de nuestra época, explica en toda su hondura la audaz declaración del compañero Fidel al proclamar la autoría martiana del 26 de julio de 1953, y hoy mismo revela en plenitud el valor de las líneas que en 1893 escribió el Maestro a su hermano Fermín Valdés Domínguez: "Moriremos por la libertad verdadera, no por la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en el goce excesivo, y a otros en el dolor innecesario".

.....
Charla ofrecida el 31 de octubre de 1984 en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, para inaugurar el ciclo Vida y obra de José Martí, organizado por la Cátedra Martiana de dicha Universidad. Tomada del sitio digital de la revista *Bohemia*.



Roberto Fernández Retamar. Poeta cubano nacido en La Habana en 1930. Doctor en Filosofía y Letras. Ha prestado sus servicios en importantes universidades del mundo. Entre los reconocimientos obtenidos están: el *Premio Nacional de Poesía* por su libro *Patrias*; el *Premio Latinoamericano de Poesía Rubén Darío*; los *Premios Internacionales de Poesía Nikola Vaptsarov*, de Bulgaria y el *Pérez Bonalde*, de Argentina; el *Premio de la Crítica Literaria* por «Aquí», y la *Medalla oficial de las Artes y las Letras* que otorga Francia. Su quehacer literario es muy amplio. Es considerado uno de los intelectuales más destacados dentro del proceso revolucionario. Actualmente dirige la institución cultural Casa de las Américas en La Habana. 

Fragmentos tomados de las *Obras Completas*

La beldad de la verdad sólo cautiva a las almas previsoras y virtuosas. T. 21, p. 268. Cuaderno de apuntes No.10 [1882].

Toda inauguración es un acontecimiento extraordinario, que no ha de hacerse de prisa porque no sería fácil ni conveniente. T. 23, p. 187. *La Opinión Nacional*, 3 de febrero de 1882.

Pensar es prever. T. 7, p. 325. Agrupamiento de los pueblos de América. Escuelas en Buenos Aires. Buenos Aires, París y Nueva York. La América, Nueva York, octubre 1883.

Más bella que la luz del sol sobre la tierra es la de una buena acción sobre el rostro del bueno. La luz de las buenas acciones se parece a la luz de las estrellas. T. 9, p. 354. Carta al director de *La Nación*, Nueva York, febrero 21 de 1883.

Los malos no triunfan sino donde los buenos son indiferentes. T. 9, p. 359. Carta al director de *La Nación*, Nueva York, febrero 21 de 1883.

En verdad quien se siente con fuerzas para hacer bien a los hombres, no tiene derecho al descanso. T. 9, p. 486. Carta al director de *La Nación*, Nueva York, diciembre 21 de 1883.

No se ha de permitir el embellecimiento del delito, porque es como convidar a cometerlo. T. 13, p. 248. Carta al director de *La Nación*, Nueva York, marzo 29 de 1883.

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.
Ser culto es el único modo de ser libre.
Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno.

Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza. T. 8, p. 289. Maestros ambulantes, La América, Nueva York, mayo 1884.


Cuando un pueblo se divide, se mata. T. 8, p.336. Autores americanos aborígenes, La América, Nueva York, abril 1884.

El que posee una condición se apega más a ella y la sublima cuando vive entre los que no se la reverencian ni entienden. T. 8, p. 434. De la inmigración inculta y sus peligros, La América, Nueva York, febrero 1884.

Morir es lo mismo que vivir y mejor, si se ha hecho ya lo que se debe. T. 10, p. 24. Carta al director de *La Nación*, Nueva York, febrero 28 de 1884.

Y cuando parece que todo se va a venir a tierra con catástrofe y derrumbamiento, surge un hombre sencillo, vestido de paño del país y calzado de gruesos zapatos, que con palabra macedora y tundente acusa el mal, y obtiene el remedio. T. 10, p. 39. Carta al director de *La Nación*, Nueva York, marzo 28 de 1884.

(...) los que no poseen una cualidad, son los que ponen más empeño en aparentarla (...). T. 10, p. 79. Carta al director de *La Nación*, Nueva York, septiembre 5 de 1884.

El mundo animal está en concreción, en toda asociación o persona humana: cada hombre lleva en sí todo el mundo animal, en que a veces el león gruñe, y la paloma arrulla, y el cerdo hocea; — y toda virtud está en hacer que del cerdo y del león triunfe la paloma. T. 10, p. 79. Carta al director de *La Nación*, Nueva York, septiembre 5 de 1884. 

Cronología martiana

por Ibrahím Hidalgo Paz

- 1870, 18 de diciembre.** Parte de Nueva Gerona, Isla de Pinos, hacia La Habana.
- 1873, 22 de diciembre.** Versos suyos acompañan una de las dos coronas de plata que le obsequian al actor y director Leopoldo Burón, en el Teatro Principal de Zaragoza, frecuentado por el cubano.
- 1875, 19 de diciembre.** En el Teatro Principal de la capital mexicana se estrena su obra *Amor con amor se paga*, representada por Concepción Padilla y Enrique Guasp.
- 1875, 21 de diciembre.** La Sociedad Gorostiza, de la capital mexicana, en su reunión periódica de cada martes lo incluye entre sus nuevos socios.
- 1876, 10 de diciembre.** Publica en el periódico mexicano *El Federalista* su artículo "La situación" —que *El Socialista* reproduce dos días más tarde—, en el cual denuncia el destierro arbitrario, sin formación de causa, de varios patriotas y critica la actuación del nuevo gobierno, adverso a la Constitución y contrario a las libertades públicas.
- 1876, 16 de diciembre.** Aparece en *El Federalista* su artículo "Extranjero"; en él expone las causas por las que no puede continuar en México, donde impera la voluntad de un caudillo militar.
- 1876, 29 de diciembre.** Parte de la capital de México en el tren que inicia el viaje hacia Veracruz durante la madrugada. (Ha recibido ayuda económica de Manuel Mercado y Nicolás Domínguez Cowan.)
- 1876, 30 de diciembre.** Llega a Veracruz procedente de la capital de México en las primeras horas de la tarde.
- 1876, 7 de diciembre.** Su nombre aparece entre los colaboradores literarios de *El Federalista*, donde publica el artículo "*Alea Jacta est*", en el que condena los procedimientos empleados por el general Porfirio Díaz para llegar al poder en México.
- 1877, 11 de diciembre.** Llega a ciudad de México. Se aloja en Mesones no. 11, la casa de Manuel Mercado, a quien entrega una parte de los manuscritos de su libro sobre Guatemala, cuya edición encomienda al querido amigo.
- 1877, 20 de diciembre.** Contrae matrimonio con Carmen Zayas Bazán Hidalgo en la capital de México. A las seis de la tarde se efectúa la ceremonia civil en las oficinas del Palacio de la Diputación. La boda religiosa se celebra en la parroquia del Sagrario Metropolitano. Posteriormente se dirigen a la casa de Manuel Mercado, donde tiene lugar una fiesta íntima.
- 1877, 25 de diciembre.** Participa en una cena que organiza el periódico *El Federalista*, de la capital de México, para despedir el año.
- 1877, 28 de diciembre.** Abandona la ciudad de Cuernavaca acompañado por su esposa, y penetran en una zona casi desértica. Cruzan Xochiltepec y descansan en Alpuyecá. Llegan a la hacienda de San Gabriel, donde probablemente se alojan.
- 1877, 29 de diciembre.** Desde la hacienda San Gabriel, donde se encuentra con su esposa, escribe a Manuel Mercado, a quien envía "unos borradores recompuestos del segundo folletín" de su libro sobre Guatemala, que continúa escribiendo durante el viaje hasta Acapulco.
- 1879, 5 de diciembre.** Anota sus impresiones de la representación de *Fausto* en el Teatro Real de Madrid, donde debuta la cantante sueca Cristina Nilsson.
- 1879, 6 de diciembre.** Visita el Museo del Prado en Madrid, y toma notas críticas acerca de los cuadros expuestos en el Salón de Autores Contemporáneos.
- 1881, 9 de diciembre.** Se encuentra en las prensas su poemario *Ismaelillo*, escrito durante la estancia en Caracas.
- 1886, 13 de diciembre.** Rubrica, junto con Andrés Alfonso, Antonio Rodil y Paul Philippson un documento donde se consignan las bases sobre las que habría de establecerse y funcionar una

- empresa que fundaría con ayuda de los otros firmantes, asociados como capitalistas, la cual se dedicaría a la edición de libros. (No hay constancia de que este proyecto se pusiera en práctica.)
- 1887, 16 de diciembre.** Firma, conjuntamente con los demás integrantes de la recientemente creada Comisión Ejecutiva, de Nueva York, una extensa carta circular dirigida, entre otros, a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, y en la cual solicita adhesión a los trabajos conspirativos emprendidos.
- 1887, 26 de diciembre.** Organiza junto con varios amigos de Nueva York una velada familiar para celebrar el cincuenta y nueve cumpleaños de su mamá, doña Leonor Pérez, quien arribara a esa edad el día 17.
- 1887, 3 de diciembre.** Es elegido segundo vocal de la junta directiva de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York, constituida el 5 de noviembre.
- 1889, 19 de diciembre.** Pronuncia el discurso conocido como *Madre América* en la velada artística que ofrece la Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York a los delegados a la Conferencia Internacional Americana, en el segundo aniversario de su fundación.
- 1890, 20 de diciembre.** Toma posesión del cargo de presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York. Pronuncia un discurso.
- 1890, 23 de diciembre.** Es nombrado por el gobierno de Uruguay su representante en la Comisión Monetaria Internacional Americana que próximamente sesionará en Washington.
- 1890, 6 de diciembre.** Resulta electo presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York, cargo que ocupaba interinamente Néstor Ponce de León desde el 31 de mayo.
- 1891, 24 de diciembre.** Llega a Tampa, enfermo, procedente de Nueva York.
- 1891, 25 de diciembre.** Acompañado por una representación de los clubes de Tampa y por una banda de música parte hacia Cayo Hueso en el vapor *Olivette*, engalanado al efecto. Una multitud lo espera en el muelle, donde recibe el saludo de José Francisco Lamadriz en representación de los emigrados revolucionarios. Es acompañado por una entusiasta comitiva hasta el Hotel Duval, donde improvisa un discurso utilizando una silla como tribuna. Más tarde lo agasajan con un banquete.
- 1891, 26 de diciembre.** Se halla enfermo de broncolaringitis aguda y es atendido por el doctor Eligio Palma en Cayo Hueso. Lo visitan Fernando Figueredo, José Dolores Poyo y José Francisco Lamadriz, quien le expresa "que no hay más que un alma entre los cubanos que anhelan la felicidad de su país".
- 1891, 27 de diciembre.** Se suspende el acto donde hablaría en Cayo Hueso debido a su estado de salud.
- 1891, 30 de diciembre.** Recibe de manos de los obreros de la fábrica de tabacos de Eduardo Hidalgo Gato, en Cayo Hueso, un álbum que recoge pensamientos patrióticos escritos por ellos y dedicados a quien llaman Apóstol.
- 1891, 5 de diciembre.** Es reelegido presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York; y también son ratificados Benjamín J. Guerra como tesorero y Gonzalo de Quesada, segundo vocal.
- 1892, 14 de diciembre.** Parte hacia Ocala en compañía de José D. Poyo, Carlos Roloff y Carolina Rodríguez, *la Patriota*. Los reciben las comisiones de los clubes. Participan en la inauguración del nuevo poblado que los emigrados denominan Martí City (nueva subdivisión de Ocala, en la que predomina la población cubana).
- 1892, 17 de diciembre.** Viaja en la madrugada, junto con sus acompañantes, desde Ocala hacia Tampa. Llegan a la ciudad, donde elementos al servicio del enemigo intentan asesinarlo mediante envenenamiento. Se teme por su vida. Lo atiende el doctor Miguel Barbarrosa.
- 1892, 2 de diciembre.** Asiste a la reunión del Cuerpo de Consejo de Cayo Hueso, que acuerda, a propuesta suya, instituir el Día de la Patria —donación del importe del salario de una jornada para los fondos del Partido Revolucionario Cubano.

1892, 22 de diciembre. Es constituido, por especial encargo suyo, el club Diez de Abril, en Tampa. Ligeramente mejorado de las consecuencias de la ingestión del veneno con que pretendieron asesinarlo, asiste a un mitin en el Liceo Cubano, organizado para despedirlo. Una numerosa comitiva lo acompaña hasta el ferrocarril.

1892, 24 de diciembre. Arriba a Nueva York luego de una ausencia de varias semanas, durante las cuales visitó diversas localidades de la Florida.

1892, 4 de diciembre. Interviene en la reunión de la Convención Cubana de Cayo Hueso, y se refiere a los trabajos patrióticos que lleva a cabo el Partido Revolucionario Cubano, a la vez que aconseja cautela para evitar la penetración de agentes españoles en las filas patrióticas.

1893, 18 de diciembre. Este día y los dos siguientes de su estancia en Cayo Hueso visita los talleres de Villamil, Teodoro Pérez, O'Halloran, Falk and Meyer, E. H. Gato Cigar Co., y López, Trujillo e Hijos, donde sus palabras son acogidas con entusiasmo.

1893, 20 de diciembre. Es acompañado hasta los muelles de Cayo Hueso por una amplia comitiva en la que se destacan numerosos jefes y oficiales de la pasada guerra cubana. Se embarca en el vapor *Olivette* en compañía de Bernardo Figueredo Antúnez, adolescente de catorce años, hijo mayor de Fernando Figueredo Socarrás.

1893, 23 de diciembre. Realiza una breve visita a Jacksonville, junto con Bernardo Figueredo.

Habla en inglés y español a los trabajadores de la fábrica El Modelo, de Eduardo Hidalgo Gato. Parten en tren a las cuatro de la tarde.

1894, 10 de diciembre. Se hospeda en el Hotel St. Denis, de Nueva York, en el que se inscribe con el seudónimo de D. E. Mantell. Allí recibe a Nathaniel B. Borden, comerciante de *Fernandina*, quien se encargará de fletar los barcos para las expediciones hacia Cuba.

1894, 12 de diciembre. Este día, y el 17, solicita a Benjamín Guerra que deposite cuatro mil quinientos y cinco mil quinientos pesos, respectivamente, en la cuenta bancaria abierta a nombre de D. E. Mantell, seudónimo que utiliza durante esos días, en The Importers and Traders National Bank, de Nueva York. El dinero se destinaría a diversos gastos de las expediciones próximas a partir hacia Cuba.

1894, 21 de diciembre. Autoriza el pago de más de cuatro mil cuatrocientos pesos por la compra de armas, municiones y equipos bélicos destinados a las expediciones que se organizan como parte del plan de alzamiento coordinado con la Isla.

1894, 8 de diciembre. Redacta el Plan de Alzamiento para Cuba, que firma junto con José María Rodríguez, en nombre del general Máximo Gómez, y Enrique Collazo, quien asume la representación de los conspiradores de la Isla. Lo envía a Juan Gualberto Gómez, quien radica en La Habana. [oah](#)

Monumento del mes

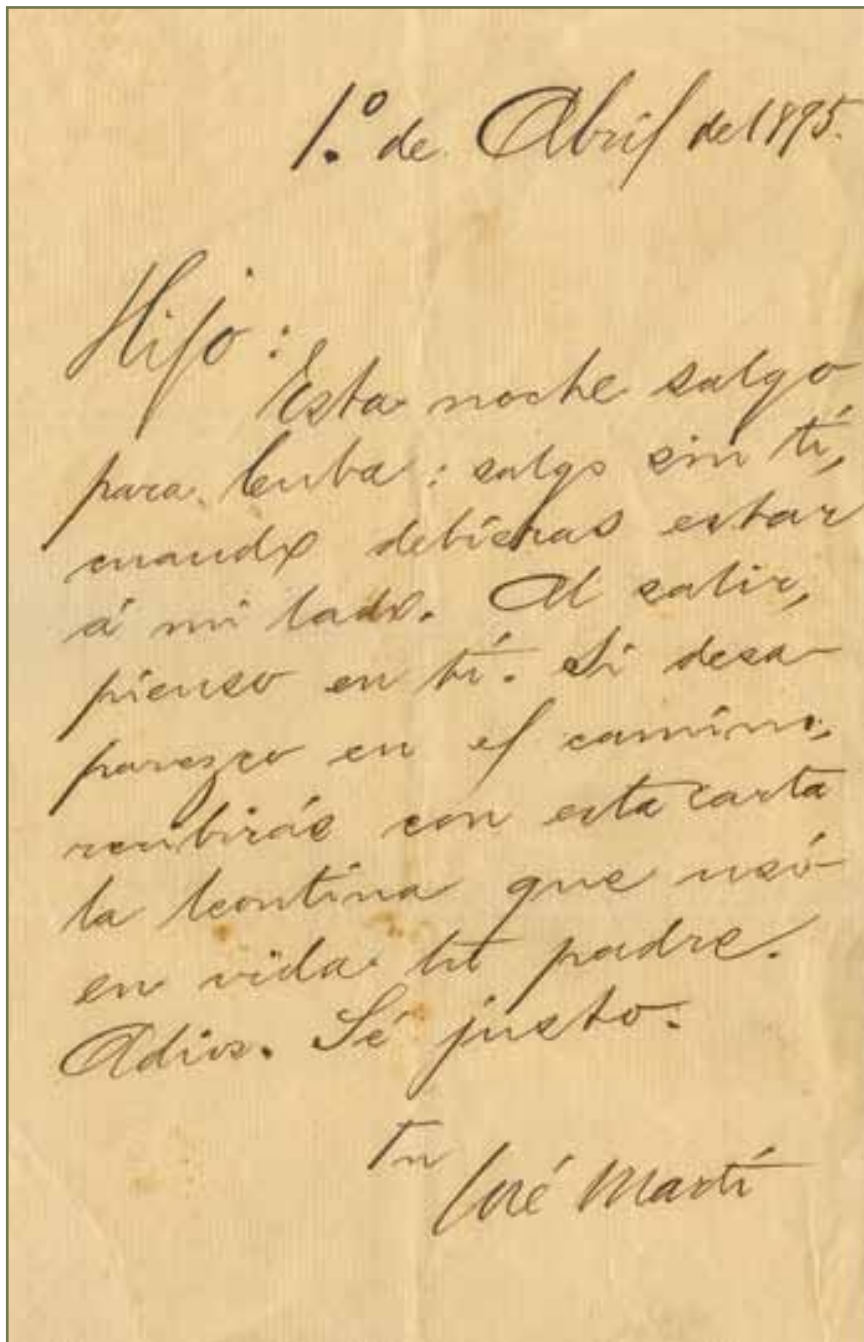
Monumento a José Martí en Dos Ríos



Fotógrafo Roberto Suárez

El obelisco señala el lugar donde cayera abatido por las balas enemiga nuestro José Martí, el 19 de mayo de 1895. Tiene forma piramidal con una altura de 10 metros y su amplia base alcanza los 16 metros cuadrados. Está rodeado por un sembrado de rosas blancas, flor que inmortalizara en sus *Versos Sencillos*. El sitio abarca un área total de 10 mil metros cuadrados dentro de una zona boscosa, donde también crecen especies botánicas que el Apóstol describiera en su diario de campaña. Por el valor histórico que guarda el lugar fue declarado Monumento Nacional el 19 de mayo del año 1980.

Documento histórico



Carta enviada por Martí a su hijo, vísperas de su salida de Montecristi destino a Cuba. El documento se conserva en los archivos de nuestra Oficina.

1º de abril de 1895.

Hijo:

Esta noche salgo para Cuba: salgo sin ti, cuando debieras estar a mi lado. Al salir, pienso en ti. Si desaparezo en el camino, recibirás con esta carta la leontina que usó en vida tu padre.

Adiós. Sé justo.

tu

José Martí